

UNA ENCUESTA INTERNACIONAL SOBRE LA ORGANIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN EN LAS CIENCIAS HISTÓRICAS

II

ANÁLISIS DE LAS CONTESTACIONES. ACLARACIONES. CONCLUSIONES

Por J. Bousquet.

La mayoría de los historiadores admite la necesidad de organización.—Muchos historiadores temen que organización signifique supresión de la libertad.—Otras contestaciones contrarias al proyecto de organización.—Opiniones sobre la posibilidad de organización.—Aclaración de dos equívocos.—Sugerencias.

LA MAYORÍA DE LOS HISTORIADORES ADMITE LA NECESIDAD DE ORGANIZACIÓN.

El resultado más evidente de la encuesta es que el 78,5 por 100 de los historiadores (7,7 por 100 enfáticamente y 13,5 por 100 con reservas) consideran aconsejable una determinada organización de la investigación. Tan sólo el 8,2 por 100 (1,2 por 100 enfáticamente y 1,8 por 100 con variantes) se manifiestan en contra, y, según veremos más adelante, cabe pensar que en una interpretación errónea del espíritu de la encuesta. una gran parte de estas respuestas negativas tienen su origen
Con objeto de dar una idea más clara de este acuerdo de

los historiadores sobre el punto esencial de la encuesta, reproducimos a continuación algunos de los comentarios:

«Me adhiero plenamente a su proyecto y, si fuera necesario, estoy dispuesto a prestar mi colaboración. Considero que la ampliación de nuestros horizontes exige una organización internacional de las ciencias históricas que aportaría un nuevo concepto del mundo.» (Un profesor de Historia de la Edad Media, Universidad de Würzburg.)

«Me adhiero totalmente a este proyecto; es apremiante coordinar los trabajos de investigación, ya que éstos han adquirido un volumen inmenso.» (Un profesor de Historia de la Literatura, Universidad de Berlín.)

«Sí, es absolutamente necesaria esta cooperación en gran escala.» (Un profesor de Historia Universal, Universidad Nacional de Colombia.)

«... algo fundamental para el progreso de las ciencias históricas.» (Un miembro de la Academia de Historia Colombiana.)

«... propuesta de sumo interés.» (Director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, de Sevilla.)

«... valdría la pena intentarlo.» (Un profesor de Historia Antigua, Universidad de Michigan.)

«Me parece muy interesante el cuestionario que usted me envía, y también el planteamiento de los problemas que realmente están en las condiciones que usted los ve, y que además sería importantísimo poder modificarlos también en el sentido que usted desea.» (El presidente de un Centro Nacional de Investigaciones.)

«Podría aportar resultados útiles e importantes.» (Un profesor de Historia de América, Universidad de California.)

«Buena idea.» (Un profesor de Historia Moderna de Europa, Universidad de California.)

«La organización internacional de la investigación en las medidas históricas, es esencial... Propuesta que merece una investigación de gran alcance.» (Un profesor de Historia de la Educación, Universidad de Texas.)

«Sumamente útil.» (Un profesor de Sinología, Universidad de Chicago.)

«Estoy completamente de acuerdo con usted en cuanto a la necesidad urgente de su proyecto de sistematización de la investigación histórica.» (Un especialista en Culturas Comparadas, Universidad de Colombia.)

«Una idea excelente.» (Un profesor de Sociología e Historia, Universidad de Chicago.)

«Esta organización es indispensable.» (Un profesor de Historia de la Edad Media, Universidad de Caen.)

«Me parece del más alto alcance su preocupación por sacarnos de la anarquía y del absurdo de la incoherencia particularmente flagrante de la investigación histórica, tanto en el plano nacional como en el internacional.» (Un profesor de Historia Moderna, Universidad de París.)

«Personalmente, deseo muy vivamente ver realizada esta organización metódica de las investigaciones históricas, que evitaría un lamentable derroche de esfuerzos.» (Un profesor de Historia Bizantina, Universidad de París.)

«... planificación de los trabajos? *De toda urgencia.*» (Un profesor de Historia Moderna, Universidad de Estrasburgo.)

«No pocos somos a comprobar la falta de organización en la investigación histórica y la necesidad de remediarlo.» (Un profesor de Historia Del Derecho, Universidad de Grenoble.)

«Somos muchos a haber comprobado aquí la anarquía de las investigaciones históricas, Hago votos por el éxito de sus proyectos de normalización.» (Un colaborador del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, París.)

«Creo en el valor de compilación y concentración del esfuerzo individual, pero también en el profundo interés de relaciones estrechas entre los investigadores y, principalmente, en los grupos de estudios entre los profesores y estudiantes, que siempre he procurado crear y estimular.» (Un profesor de Historia del Arte del Extremo Oriente, Escuela del Louvre, París.)

«Naturalmente.» (Un profesor de Literatura Griega, Universidad de Milán.)

«Naturalmente que sí.» (Un profesor de Historia de la Edad Media, Universidad de Bolonia.)

«Lamentablemente, he de reconocer la falta de una labor coordinada entre nosotros.» (Un profesor de Historia del Arte, Universidad de Génova.)

«Me adhiero plenamente a su proyecto de organización internacional de las ciencias históricas.» (Un profesor de Historia Antigua, Universidad de Florencia.)

«Considero absolutamente indispensable tal organización.» (Un profesor de Historia del Pensamiento Político, Universidad de Trieste.)

«Necesario y urgente.» (Un profesor de Historia de la Literatura, Universidad Católica de Milán.)

«De gran importancia.» (Un profesor de Historia de las Doctrinas Políticas, Universidad de Bari.)

«Estoy totalmente de acuerdo.» (Un profesor de Historia de la Economía, Universidad de Rissso.)

«Desde luego que sí.» (Un profesor de Historia de la Economía, Universidad de Kobé.)

«No sólo estoy de acuerdo, sino que lo considero de urgente necesidad.» (Un profesor de Historia del Derecho, Universidad de Nicaragua.)

«Absolutamente de acuerdo.» (Un profesor de Historia Cultural, Universidad de San Marcos.)

**MUCHOS HISTORIADORES TEMEN QUE ORGANIZACIÓN SIGNIFIQUE
SUPRESIÓN DE LA LIBERTAD.**

Sin embargo, la unanimidad no es completa. No pocos historiadores temen que organización se traduzca en compulsión, y que la planificación de las investigaciones y la regularización de los métodos destruyan la iniciativa y la libertad.

De las 256 respuestas favorables a la idea de organiza-

ción, 44 interponen la reserva de que la organización no debe, en todo caso, suprimir la libertad:

«De acuerdo con que se establezcan programas de investigación, a condición de que se trabaje libremente. En cuanto a la regularización, de acuerdo con que se busque una unidad de trabajo, pero desde el punto de vista material y no desde el punto de vista ideológico.» (Un profesor de Historia del Arte, Universidad de Burdeos.)

«... Cooperación, colaboración, pero evitando el regimiento de los individuos.» (Un profesor de Historia de la Edad Media, Universidad de Carolina del Norte.)

«Estoy de acuerdo con este tipo de organización, siempre que no sea en detrimento de la personalidad del estudioso.» (Un profesor de Historia de las Doctrinas Políticas, Universidad de Bolonia.)

Algunos historiadores (un 6,4 por 100) van más lejos y estiman que la organización de la investigación es, de por sí, incompatible con la libertad de los investigadores:

«Desconfío de toda planificación y sigo siendo un individualista convencido.» (Un profesor de Historia de Roma, Universidad de Lieja.)

«Tal organización destruirá la Historia como arte y disuadirá a todos menos los mediocres o peores de entrar en la profesión... Creo en el derecho del individuo a proseguir independientemente el curso de la libre pesquisa hacia la verdad.» (Un profesor de Historia del Derecho, Universidad de Yale.)

«La investigación histórica es para mí investigación humanista. Asunto sin provecho pero individual.» (Un profesor de Historia de las Religiones, Universidad de Yale.)

«Planificación = esclerosis. Ejemplo: enseñé a mis discípulos a prescindir, entre otros, de los conceptos y términos de «barroco», de «generación» (especialmente del 98), de Siglo de Oro, de Renacimiento, de Edad Media, de Contra Reforma.» (Un profesor de Historia de la Literatura Española, Universidad de París.)

«Me parece poco deseable enrolar a los investigadores en una organización que les privará de toda libertad.» (Un profesor de Historia Antigua, Universidad de Poitiers.)

«Su intento de organizar la investigación en las ciencias históricas pasa por alto el aspecto más importante de la labor científica. El verdadero estudioso no puede trabajar como empleado de una organización cualquiera. Su trabajo es creativo y, por tanto, no sujeto a organización.» (Un profesor de Asiriología, Universidad de Yale.)

«... me parece dudoso que una materia que, en mi opinión, ha de ser siempre tratada con criterio individual y que requiere el ejercicio de conceptos individuales de inclinación y don de sí, pueda ser tratada por un equipo organizado de investigadores, cada uno responsable de la investigación sistemática de un sector muy pequeño. Me es difícil concebir cualquier trabajo de esta índole fuera de la catalogación y la compilación.» (El director del Instituto de Estudios Clásicos, Universidad de Londres.)

Un profesor de Historia de la Edad Media de la Universidad de Berna, cree incluso encontrar en nuestro cuestionario un «totalitären Klang».

OTRAS CONTESTACIONES CONTRARIAS AL PROYECTO DE ORGANIZACIÓN.

Aparte de aquellos que ven en una organización eventual de la investigación una restricción de la libertad, hay que señalar aquellos que estiman que la organización es radicalmente inútil, así como aquellos que consideran que la investigación histórica se encuentra ya organizada y que todo esfuerzo en este sentido es, por tanto, superfluo.

Seis contestaciones (un 1,8 por 100) expresan la opinión de que la organización no hace más que quitar tiempo y dinero a la verdadera investigación y que ya hay demasiada organización:

«... demasiadas entidades encargadas de la organización de la investigación y poquísimos individuos trabajando en la investigación.» (Un profesor de Historia, Universidad de Melbourne.)

«La planificación internacional pierde el tiempo...» (Un profesor de Historia de la Edad Media, Universidad de Pensilvania.)

«La investigación en colaboración, en la mayoría de los sectores de la Historia, a menudo pierde más tiempo que ahorra.» (Un profesor de Historia de Europa, Universidad de Columbia.)

«... soy contrario a toda forma de organización científica nacional y más aún internacional. Encuentro que la manía de organización y planificación es la enfermedad más grave que padece nuestro siglo... Y como el dinero para las ciencias denominadas morales no es nunca abundante..., los gastos de la organización lo absorben casi totalmente (me refiero a la UNESCO) y apenas queda nada para los verdaderos trabajadores...» (Un profesor de Arqueología, Universidad de Génova.)

«Hay ya seminarios, institutos, academias, centros nacionales y un órgano internacional (la UNESCO). Los últimos se han superpuesto a los demás. Su fracaso común es a la vez la justificación del proyecto de usted y de las reservas que inspira. He visto cómo funcionan estas instituciones. Suscitan y reprimen. Absorben y restringen. Su tendencia a dirigir todo les hace simplificar, aplazar, o ignorar problemas auténticos y a crear otros falsos a los que se lanza impetuosamente su clientela.» (Un profesor del College de France.)

Estas opiniones se integran, evidentemente, con el grupo «en contra» que, así, alcanzan un total de 8,2 por ciento.

Aparte de esta partida contraria, hay que contar seis contestaciones (un 1.8 por 100) que en nada se oponen a la organización de la investigación, pero que opinan que ésta ya se encuentra suficientemente garantizada por los organismos internacionales ya existentes:

«Sería una duplicidad innecesaria el intentar la organización de una oficina de investigaciones históricas en el plano internacional. En vista del Congreso Internacional de Ciencias Históricas y de sus numerosas comisiones, ¿no podría servirse el objetivo que tiene usted presente mediante una de las comisiones de dicha organización internacional?» (El director de una revista de Historia, Estados Unidos.)

«No sé si hay necesidad de otra organización además del ya existente Congreso Internacional de Historiadores.» (Un profesor de Literatura Latina, Universidad de Oxford.)

OPINIONES SOBRE LA POSIBILIDAD DE ORGANIZACIÓN.

a) *Planificación*.—Es la forma de organización más extendida (247 historiadores indican que practican una forma u otra de colaboración en la investigación y 99 se declaran dispuestos a participar en trabajos preparatorios sobre las modalidades de la planificación).

La forma de colaboración más corriente es el reparto de los trabajos de investigación entre el profesor y sus discípulos (102 casos). A continuación viene el reparto del trabajo con otros investigadores dentro de los institutos (79 casos). La colaboración a la escala nacional (45 casos) y a la escala internacional (40 casos)—que sólo permitiría una planificación general—es ya menos frecuente.

La coordinación de las investigaciones entre varias disciplinas es practicada por 41 historiadores, algunos de los cuales insisten sobre esta forma de organización:

«Sumamente útil, especialmente cuando se trata de averiguar qué clase de materiales paralelos existen sobre las distintas civilizaciones y períodos a fin de hacer posible las comparaciones; y también para promover el intercambio de informaciones y evitar una duplicidad innecesaria.» (Un profesor de Sinología, Universidad de Chicago.)

«... con una homogeneización en la forma de exposición metodológica y una pauta para la agrupación de ideas, se lograría la tan deseada uniformidad histórica.» (Un profesor de Historia de América, Academia de Costa Rica.)

«Planificar y coordinar las investigaciones en los distintos campos y períodos, sobre todo, en el plan nacional.» (Un profesor de Historia Moderna, Universidad de Zaragoza.)

«Estimo que es particularmente fecunda una unidad de método entre la historia antigua y medieval.» (Un especialista en Historia de Roma, Universidad de Bolonia.)

Sin embargo, algunos para quienes «planificación» evoca un reparto obligatorio del trabajo, evidentemente se levantan contra una idea semejante, no sólo porque destruiría la libertad de la investigación, sino porque, además, sería impracticable:

«Impracticable. Rara vez puede forzarse a un investigador.» (Un profesor de Historia del Derecho, Universidad de Yale.)

Unos cuantos señalan que incluso lo que parece anarquía e incoherencia en la investigación actual puede, finalmente, ser de gran utilidad:

«El mismo material puede dar lugar a estudios distintos, todos ellos valiosos.» (Un profesor de Historia de la Economía, Universidad de Manchester.)

«Aunque... podría parecer que nuestra investigación histórica es caótica, de hecho sentimos y practicamos una gran tolerancia, que a menudo conduce a esfuerzos y proyectos cooperativos... La participación (de varios historiadores trabajando sobre un mismo tema)... abre nuevos horizontes a la investigación y a menudo conduce al hallazgo de nuevos e importantes datos...» (El director de la Hispanic Foundation, The Library of Congress, Washington.)

b) *Elaboración de medidas históricas exactas.*—Muchas contestaciones manifiestan un gran escepticismo sobre este punto:

«Nunca me he percatado de que hubiera ningún problema de *medida* en mi clase de trabajos.» (Un profesor de Historia del Derecho, Universidad Católica de América, Washington.)

«Soy, de una manera general, partidario de la cooperación internacional, pero apenas creo en los sistemas estadísticos, en las unidades económicas, en la elaboración de medidas históricas exactas ni en la unidad de medidas históricas.» (Un profesor de Arte del Extremo Oriente, Escuela del Louvre.)

«La «standarización» es un término inadecuado y conviene evitarlo.» (Un profesor de Historia de las Doctrinas Políticas, Universidad de Bolonia.)

«Introducir la cifra en la determinación de valores históricos, ¿es posible y deseable? ¿Cómo reducir a cantidad de las fuentes, a patrones su autenticidad y veracidad tan variables? ¿No es sustituir firmeza por geometría, tomar las cosas exteriormente, como en lingüística y crítica estadísticas, y contentarse con ello? ¿No es proceder de la ilusión economista, nutrida de un materialismo que ella misma alimenta, y de la ilusión tecnocrática que pretende mantener un mundo que ella misma consume? ¡Qué oleada de irrealidad, arbitrariedad y metahistoria en la división a la Penélope de los periodos!» (Un profesor del College de France.)

«No le oculto mi escepticismo en punto a que todo el mundo afin de usted y a mí en materia de estudios históricos, pudiera adoptar las medidas necesarias para darle a la investigación histórica una categoría de rigurosa exigencia y aceptar un sistema que obligara a todos a adoptar iguales medidas en puntos que son comunes al estudio de la materia.» (El director del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.)

Un profesor de Historia de la Edad Media de la Universidad de Bolonia, presenta objeciones particularmente interesantes: «No considero posible hacer una medida de la autenticidad y veracidad de las fuentes. Se trata de una materia que por su misma naturaleza no es medible, es sumamente heterogénea y rodeada de infinitos motivos de error. Ha de tenerse en cuenta, sobre todo, el carácter típicamente subjetivo de los criterios de valoración, de «medida». Comprendo muy bien que su iniciativa tienda precisamente a evitar o reducir lo más posible los inconvenientes de tal subjetividad del juicio, pero me temo que no conseguirá salvar tal obstáculo. Ha de tenerse también en cuenta el carácter diferente de las fuentes. Es evidente que una fuente constituida por crónicas de la alta Edad Media habrá de ser valorada con criterios radicalmente distintos de los de otra de muchos siglos más tarde, y un texto como la Historia antigua de Procopio es algo profundamente distinto de las memorias de San Simón... (Un texto como la historia de San Gregorio de Tours), si tiene escaso valor para la historia general de su tiempo, dadas sus innumerables imprecisiones, en cambio posee un valor bas-

tante elevado en conjunto, como precioso testimonio de la cultura y del modo de vida de la época... El mismo argumento podría aplicarse en relación a los *périodes historiques organiques*. No hace falta recordar lo discutido acerca de la clasificación en épocas de la Historia, a juzgar por los resultados concretos y universalmente aceptados. Es bien sabido que toda clasificación en épocas es fuertemente subjetiva y hecha en función de intereses que varían de un erudito a otro, así como también respecto a los diversos momentos de las ciencias históricas. Basta pensar en las discusiones que provocó la tesis de Pirenne sobre el comienzo de la Edad Media...»

Sin embargo, 53 historiadores de los que nos han contestado, se han preocupado de estos problemas, en particular del establecimiento de épocas históricas más adecuadas (26 casos) y de la medida de la autenticidad y veracidad de las fuentes (25). Un número considerable (37) estaría dispuesto a trabajar en estas cuestiones.

Señalemos también que varias contestaciones, por lo general bastante escépticas en cuanto a las posibilidades de organización de la investigación, se muestran partidarias de la elaboración de medidas exactas de precios, pesos, dimensiones, etc.:

«La elaboración de medidas históricas exactas no podría ser, en no pocos casos, que provisional y fluctuante. Se recomienda para las dimensiones, pesos, etc.» (Un profesor de Historia de las Instituciones, Universidad de Pisa.)

«*Medidas*. Indudablemente se puede hacer mucho en este respecto para ayudar a los historiadores en su trabajo. Por ejemplo, una historia de las principales monedas europeas, con contenido en oro y plata y, más importante aún, tipos de cambio para cada año. Esto supondría tanto trabajo como la historia de los precios, y, que yo sepa, los numismáticos no lo han intentado aún de una manera sistemática. Sería de gran utilidad, pero llevaría mucho tiempo y dinero.» (Un profesor de Historia de la Economía, Universidad de Manchester.)

c) *Comprobación de los trabajos*.—En esta actividad encontramos el menor número de realizaciones (20 casos).

Un profesor de Historia de la Economía, de la Universidad de Manchester, objeta que una opinión suplementaria sobre la exactitud de un hecho no añade nada a la certidumbre: «Generalmente es aceptada la información aportada por otros historiadores, siempre que consignen las fuentes correspondientes. No veo claramente cómo podría ayudar una opinión adicional. No es lo mismo que repetir un experimento en ciencias naturales.»

Un profesor de Historia de la Edad Media de la Universidad de Bolonia cree, sin embargo, que la comprobación sistemática no es imposible y da una idea de cómo podría realizarse: «La comprobación sistemática de las fechas y cifras generalmente admitidas podría ser realizada con cierta probabilidad de éxito y utilidad. En este caso, sería necesario trabajar de un modo organizado y en el plano internacional. Creo haber comprendido que se piensa en un repertorio de tales elementos: en efecto, podría ser cómodo disponer de una obra de consulta que recogiera datos concretos sobre fechas y cifras y que estuviera garantizada por la firma de eruditos competentes; pero también debería ir acompañada por las necesarias indicaciones bibliográficas y la documentación de apoyo. Sucede frecuentemente tener que concretar una fecha o una cifra discutida, realizando un fatigoso trabajo, para después descubrir que la aclaración solicitada existe ya quizá en un estudio que trata de un tema muy diferente. La idea me parece, por tanto, bastante buena. Sólo que su puesta en práctica supondría un trabajo enorme y, sobre todo, muy concienzudo por parte de los colaboradores, ya que prácticamente no es posible ejercer un control sobre sus afirmaciones.»

d) *Sistematización de los resultados.*—Únicamente 27 respuestas se refieren a una realización en este sentido, aunque 83 historiadores se interesan por la cuestión y estarían dispuestos a trabajar en ella.

Un profesor de Historia del Derecho de la Catholic University of America considera «la idea de condensar toda la investigación anterior meramente fatua».

Sin embargo, sin referirse forzosamente a la condensación, muchos historiadores desearían una mejora en los medios de difusión de los resultados y de los proyectos, así como hacer más fácil el acceso a las fuentes.

«No me parece posible la «standarización» de las medidas, así como tampoco me parece deseable la planificación. Pero sí creo muy importante la organización de la documentación y la clasificación.» (Un profesor de Historia Social, Universidad de Burdeos.)

«Intentar una difusión rápida de *proyectos* de trabajo para conseguir una colaboración entre investigadores dispuestos.» (Un profesor de Historia Antigua, Universidad de Burdeos.)

«No hay que olvidar... el aspecto del acceso a las fuentes, es decir, la sustitución de métodos ya caducos (impresión de documentos), pero todavía en uso, por técnicas modernas de reproducción de documentos.» (Un profesor de Historia, Universidad de Gante.)

«No concibo el trabajo colectivo aplicado a la investigación histórica más que en una sola forma, la cual consistiría en hacer más fácilmente asequibles las fuentes históricas a los investigadores, mediante publicaciones de textos o publicaciones de inventarios de archivos... Hacer una lista de los textos a publicar y de los depósitos de archivos a inventariar; establecer, para estas recogidas de textos y estos inventarios de archivos, un tipo óptimo de repertorio alfabético (comprendiendo *index locorum*, *index personarum*, *index rerum*). Esta es, según mi opinión, la principal tarea de una organización internacional de la investigación en las ciencias históricas.» (Un profesor del College de France.)

«Me parece que usted se refiere a una especie de *bibliografía regionata*, en la que cada título bibliográfico debería ir acompañado por una breve pero esencial reseña. Una especie de gran enciclopedia de materia histórica, en la que cada problema debería presentarse con las condensaciones previstas, incluida la bibliografía correspondiente. Efectivamente, una obra semejante sería muy útil y, de ser posible, sobre un plano internacional.» (Un profesor de Historia de la Edad Media, Universidad de Bolonia.)

«Sería del mayor interés que tal organización internacional consagrara los esfuerzos de todos a mejorar los cono-

cimientos de los trabajos realizados y a realizar en el campo de las ciencias históricas.» (Un profesor de Historia del Derecho, Universidad de Lisboa.)

«Muy útil un intercambio periódico de los resultados.» (Un profesor de Historia del Derecho, Universidad de Sassari.)

«No me parece deseable reunir los investigadores en una organización que les quitaría toda libertad. La única medida eficaz sería centralizar los resultados: la creación de un organismo de *información*.» (Un profesor de Historia Antigua, Universidad de Poitiers.)

ACLARACIÓN DE DOS EQUÍVOCOS.

A primera vista parece, por tanto, que los historiadores están todavía muy lejos de estar de acuerdo sobre la organización en la Historia. Sin embargo, este desacuerdo es quizá más aparente que real y acaso está basado en dos equívocos que no habíamos previsto en un principio y que ahora podemos disipar.

1. La coerción—de uno u otro tipo—en materia de investigación es tan absurda que no habíamos previsto el que nuestro proyecto pudiera considerarse bajo este aspecto. Cometimos un error; y convendría hacer de forma que nunca, en el porvenir, pueda aparecer una organización opuesta a la libertad y a la iniciativa. Repitamos que una verdadera organización de la investigación no tiene sentido si no es con el consentimiento general. Organización no significa en modo alguno un organismo que impone leyes, sino nuevos hábitos científicos que por sí mismos se imponen en virtud de su comodidad y buen sentido.

El establecimiento de nuevos hábitos científicos habría de ser tarea de conjunto. Las tentativas de organización, si son sinceras y quieren servir al progreso de la ciencia, habrán de evitar—mejor que lo hemos hecho, al parecer—todo lo que podría suponer pequeñas ideas y proyectos de un individuo o de un grupo. Es ésta tarea de todos. Un profesor de la Uni-

versidad de Génova, escribe muy acertadamente que, en suma, todo consiste en «predicar la honradez científica y el desinterés»; todavía haría falta que esta «predicación» fuera discreta; de lo contrario la honradez y el desinterés podrían desprestigiarse.

El pasado aporta algunas razones a los que temen que la organización desemboque en la tiranía. Pero, como decía Mannhein, «no es quizá imposible organizar para la libertad». En todo caso, nos está permitido intentarlo.

2. Los proyectos de organización tienen, aisladamente, una apariencia utópica. Conviene recordar que no son más que proyectos, esquemas, ciertamente burdos, destinados a ser corregidos y, eventualmente, reemplazados por esquemas totalmente diferentes. Es preciso presentarlos y examinarlos como tales.

La técnica de la organización de la investigación no puede ser más que el resultado de minuciosos estudios realizados bajo los más distintos puntos de vista, y más que de estudios propiamente dichos se trata de la experiencia del conjunto de los investigadores. Nuestra única afirmación es que sería deseable que los historiadores tomen el problema en consideración.

SUGERENCIAS.

He aquí, por tanto, inspirados por los resultados de la encuesta y de nuestra propia experiencia, algunas ideas que sometemos a la reflexión de los historiadores interesados en estas cuestiones:

1. *Planificación.*—La palabra no es quizá muy feliz: sugiere el establecimiento, por no sé qué autoridad, de un plan de conjunto y de un reparto mecánico de las tareas. Las realizaciones que consideramos serían del siguiente orden:

a) Trabajos individuales (tesis doctorales, por ejemplo) sobre el grado de exploración de las distintas épocas en los

distintos planos de Historia, a fin de dilucidar los puntos sobre los que serían interesantes nuevos trabajos.

b) Una autodisciplina de los investigadores encaminada a insertar los nuevos trabajos en el conjunto de los trabajos hechos y por hacer; esforzarse en continuar y en completar, y no en comenzar siempre; multiplicar los trabajos de revisión de las obras anteriores; reemprender la obra inacabada de otros y, también, desear que los demás reanuden nuestra obra inconclusa, dejándola abierta a los trabajos de nuestros sucesores, pensando en nuestro trabajo actual, en facilitar estos trabajos futuros; en resumen, tomar el sentido de equipo humano y considerar la ciencia como una gran empresa anónima en la cual cada uno participa de modo pasajero.

c) Un reparto de los proyectos de investigación entre universidades o institutos. El reparto del trabajo entre profesores y estudiantes parece ser admitido generalmente (claro que conviene dejar en entera libertad a los estudiantes que tienen una idea de trabajo original, pero cuando no la tienen y solicitan un tema para su tesis—que es lo más frecuente—; se ve mal por qué no se les orientaría a una tarea colectiva). ¿Por qué en este caso, universidades o institutos no procuran repartirse la tarea? Este reparto amistoso permitiría, tal vez, la elaboración de «sumas» históricas, de listas comprobadas, de cifras y de fechas, etc.

2. *Creación de unidades históricas exactas.*—Sobre este punto estamos en el estadio de los trabajos preliminares. Es imposible afirmar, antes de haberlo probado, si estos trabajos conducirán o no a un fin. Hay que probar; es sólo a fuerza de pensar en ello, desde diferentes puntos de vista, a propósito de diferentes aspectos y momentos históricos, como se puede averiguar. Por tanto, convendría orientar a los estudiantes avanzados hacia estas cuestiones; hacerles ver que hay en este terreno temas de tesis interesantes.

a) *Unidades de medidas de autenticidad y de veracidad de las fuentes.*—La idea inicial era dar a los documentos y libros

(antiguos y modernos) un coeficiente, de uno a diez, por ejemplo, de autenticidad y veracidad (un poco parecido a lo que hacen los servicios de información). Esto no puede ser sino una obra colectiva, cada sabio calcularía a su juicio y los especialistas harían listas de los distintos cálculos (con mención del nombre del que ha realizado el cálculo) y establecerían medias.

Sin duda, habrá que matizar considerablemente; distinguir los diferentes aspectos o pasajes de una misma fuente; quizá dividir veracidad en posibilidad de información, espíritu crítico, comprobación o aislamiento de la información, etcétera.

Sin duda, también las evaluaciones tendrían una fluctuación similar a una lista de valores en bolsa, y estas fluctuaciones serían, incluso, instructivas.

Es posible que estas evaluaciones enseñen poca cosa a los especialistas (aunque podrían prevenirles contra la obcecación; obligarles a concretar sus razonamientos), pero no se es especialista de todo, y, al tener que hacer una incursión en el campo del Extremo Oriente, un historiador de la Edad Contemporánea se alegrará quizá de saber dónde encontrar rápidamente una serie de estimaciones serias sobre el valor de *Ts'ien Han Chou*, del *Jinno-shotoki* o de la *Crónica de Ayuthya*. Diccionarios de fuentes valoradas, clasificadas por países y por épocas permitirían una economía considerable de tiempo y de esfuerzos, así como una mayor precisión.

b) *Períodos históricos*.—No se trata de determinar los períodos «en sí» de la historia humana, sino solamente evitar confusiones inútiles. Se podría, al menos, ponerse de acuerdo sobre el empleo de cada palabra en un solo sentido (por ejemplo, no emplear indistintamente la misma palabra para una escuela literaria y artística, para un período cultural y para un cierto estilo que se refiere a varias épocas distintas); abstenerse, sistemáticamente, de las palabras que no signifiquen algo concreto (Edad Media, Renacimiento, Tiempos Modernos...)

Distinguir cuidadosamente lo que se refiere a tiempo hu-

mano (período cultural, fenómeno económico, movimiento social) y lo que corresponde al tiempo mecánico (cronología, siglos, reinados, fechas, etc.).

Para apreciar las conjunciones del tiempo humano y del tiempo mecánico, evitar asimilar un fenómeno histórico con un siglo o un reinado (renacimiento, siglo XVI, rococó, estilo Luis XV, etc.), evitar fechar el principio y el fin de un período cultural (el Romanticismo: 1800-1848), y, más bien, tratar de determinar la fecha crucial en torno a la cual gira un movimiento.

Procurar generalizar la clasificación histórica de los diferentes países y de las diversas ramas de la Historia, y si hay divergencias anotarlas claramente.

c) *«Standardización» de las fechas de las obras culturales.* Se trata aquí, pura y claramente de convención. Que se llegue a un acuerdo, por ejemplo, sobre un signo que indique si la fecha dada se refiere al comienzo, al fin o a la publicación (es muy importante para el estudio de las influencias).

d) *Unidad de medidas económicas.*—El acuerdo sobre este apartado parece haberse realizado casi. Todavía se necesitarían estudios detallados a fin de poner a punto el mejor sistema posible.

e) *Empleo de estadísticas.*—Aquí hay que procurar abstenerse de varias querellas filosóficas sobre la naturaleza del hecho histórico. Hay, en la Historia, dos realidades bien distintas:

La acción humana, que es del dominio de la vida y cuya motivación, según todas las apariencias, escapa a las cifras.

El resultado de la acción humana (toda huella del hombre) que repercute en las cosas y pertenece, por consiguiente, al dominio cuantitativo.

La estadística empieza a establecerse a propósito de la historia económica, de los movimientos de la población y de la lingüística histórica. Podría, sin duda, extenderse a numerosos sectores, a toda la historia sociológica (lo que ha intentado

P. Sorokin en su *Cultura Dynamics*), a la historia de las imágenes, de las formas, etc.

La estadística, seguramente, no agota la realidad histórica. Puede ayudar a acercarse a ella. Pero en esto también convendrían que historiadores y estadistas crearan técnicas —lo bastante sencillas para servirse de ellas corrientemente— antes de lanzarse a aplicaciones fantásticas.

3. *Comprobación de fechas y cifras.*—Uno de nuestros corresponsales objeta que, en este campo, una opinión más no añadiría nada. Pero no se trata de una opinión más; se trata, como para la medida de la autenticidad y veracidad de una confrontación de las opiniones y de una comprobación de las fuentes. Esto sería, sin duda alguna, una labor especialmente ingrata, pero no es en modo alguno una labor inútil; sin hablar de las variaciones de cronología (que para la Historia Antigua y para la Historia de Asia son a veces considerables y de las cuales no está exenta la Historia Europea de los tres últimos siglos¹), basta un error de impresión o una lectura defectuosa para falsear la tradición. Un trabajo semejante podría ser sólo obra de una comisión internacional permanente que centralizara los resultados y publicara periódicamente cronologías verificadas (en edición crítica y en edición ordinaria).

4. *Utilización de los resultados.*—Muchos de los historiadores que nos han escrito creen que el problema más urgente de la organización de la investigación es el de la bibliografía y la publicación de las fuentes. Nosotros también somos de esa misma opinión; sin embargo, no insistiremos en ello, porque el C. I. P. S. H. (que asegura ya la publicación de numerosos corpus y bibliografías en un plan internacional) se percató de la importancia de la cuestión, y el boletín de 1951-2 y 3, por ejemplo, pone de relieve la preocupación existente para llegar a una racionalización de los esfuerzos en este terreno.

¹ Inglaterra, por ejemplo, no se conforma hasta 1752 a la reforma de 1581, de donde proviene, a lo largo del siglo xvii, una ligera diferencia de fecha con el Continente.

Por otro lado, y a nuestro modo de ver, se insiste demasiado poco en el problema de la condensación de los conocimientos. Creemos que sería extremadamente útil realizar, para las distintas ramas de la Historia, «sumas» internacionales, sistematizando y resumiendo, en un lenguaje llano y sin nuevas interpretaciones, pero con bibliografía detallada y buenos análisis de las obras, el estado actual de las cuestiones. Ciertos sectores—la historia y la literatura asiáticas, por ejemplo—necesitan, absolutamente, obras de esta clase. Todavía está por hacer un catálogo ilustrado de toda la pintura europea, y hasta que éste no exista la Historia del Arte se encontrará falseada, pues concede demasiada importancia a ciertos aspectos (El Alto Renacimiento) y olvida completamente otros (el Mannerismo). Para todas las literaturas; incluso las más conocidas, tales sumas (con bibliografía condensada, análisis de todas las obras, «importantes» o no, y bibliografía comentada) serían infinitamente valiosas. Actualmente hay superabundancia de manuales, pero ninguno de ellos es completo.

La presentación de estas sumas habrá de ser lo más «standardizada» posible (para facilitar la investigación a los no especialistas en esta rama) y publicarse en cuadernillos vendidos separadamente (con lo cual habría posibilidad de refundiciones parciales); el sistema de encuadernación deberá permitir una puesta al día constante, en espera de refundiciones. Esta clase de obras costarían caras, pero su venta estaría asegurada en todo el mundo.

Posibilidades inmediatas de realización.—Algunas de las respuestas recibidas muestran cierto escepticismo respecto de los organismos nacionales e internacionales de investigación. Es posible y verosímil que los organismos actuales no sean perfectos, pero por lo menos existen. Organización, y esto ya lo hemos señalado repetidas veces, es continuidad, y se opone al continuo vuelta a empezar. Creemos que el abecé de la organización consiste en seguir construyendo sobre los cimientos existentes y no empezar la obra de nuevo. El C. I. P. S. H., especialmente, es un marco perfecto—casi inesperado—para la organización. De lo que se trata es de rellenar ese marco.

Y la tarea es de todos. So pena de caer en la tiranía tan temida por muchos, el C. I. P. S. H. no puede ser el que tome la iniciativa de la organización de las investigaciones. Su papel no está en imponer ni en dirigir la organización, sino en facilitar la labor de los historiadores que desean organizarse.

Por consiguiente, el próximo paso a dar—según nuestro parecer—consiste en elevar la cuestión al C. I. P. S. H., que, contando con el interés manifiesto de 325 especialistas, profesores de Universidad de 34 países, tiene, desde ahora, una base de acción.

¿Qué podría hacer, práctico, el C. I. P. S. H.? La primera solución que se nos ocurre en la celebración de una conferencia internacional sobre las posibilidades y modalidades de organización de la investigación histórica. Un gran número de las respuestas recibidas indica que una conferencia de este tipo es deseable. Otras respuestas (un profesor de Historia Moderna de la Sorbona, un profesor de Historia del Derecho de Grenoble y un profesor de Historia peruana) han aportado, incluso, interesantes sugerencias sobre su preparación.

A pesar de ello consideramos que una conferencia de esta clase no debe hacerse de modo precipitado. La idea de la organización de la investigación es todavía muy imprecisa. Ya hemos visto cómo está aún sujeta a no pocas interpretaciones erróneas. Es de temer que en una conferencia internacional, reunida actualmente, hubiera no poca confusión y se llegara a vanas polémicas, que dañarían, más que beneficiarían, la realización de una organización concreta. Cuando se celebre una conferencia internacional es preciso que la mayoría de los historiadores haya meditado sobre la cuestión (a fin de que sea obra de todos y no de un grupo reducido). Anticipadamente deberá haberse publicado un determinado número de estudios de detalles para que la discusión pueda establecerse sobre bases sólidas. Por esta razón la pregunta que hacíamos a nuestros corresponsales no era si consideraban oportuno una conferencia internacional, sino si estarían dispuestos «a participar», eventualmente, en los trabajos *preparatorios* de una conferencia internacional sobre la organización de la investigación histórica. 290 de las respuestas fueron afirmativas.

Por tanto, son los trabajos preliminares los que convendría emprender.

Por nuestra parte sugeriríamos que el C. I. P. S. H. anunciara una conferencia sobre la cuestión en una fecha fija, pero suficientemente lejana, a fin de que ya desde ahora haya un objetivo preciso. Mientras tanto, el C. I. P. S. H. se esforzaría en promover trabajos sobre la organización de la investigación (quizá podría crearse un premio para el mejor trabajo sobre un problema de organización de la investigación histórica) y de difundir esta idea (procurando que las próximas conferencias de las distintas ramas históricas pongan en su orden del día la cuestión de la organización de la investigación, publicando en *Diogene* artículos sobre el problema, etc.).

Y mejor aún, el C. I. P. S. H. podría crear un boletín de organización de investigaciones históricas. En este boletín se publicarían estudios sobre las cuestiones de organización —«standarización» de las medidas, periodología, densidad de las investigaciones en una época y en un sector determinado, técnica de la planificación—que servirían de ejemplo y de base para discusiones posteriores. Por muy modesta que esta publicación fuera, serviría para el intercambio de ideas, crearía contactos indispensables, constituiría, en fin, una primera realización.

Por su lado, los organismos nacionales quizá podrían crear comisiones encargadas de las cuestiones de organización de la investigación histórica, a fin de suscitar los trabajos (no trabajos organizados, sino trabajos sobre organización) y mantener una ligazón entre las diferentes disciplinas históricas y con el mismo C. I. P. S. H.

Pero, según hemos dicho repetidas veces, el verdadero trabajo de preparación incumbe a los mismos historiadores. Son ellos los que han de realizar estudios sobre estos problemas, interesar en ellos a sus alumnos, conseguir que las revistas sobre temas históricos y los congresos de Historia no olviden este aspecto esencial de la investigación.

En todo caso una cosa sencilla es posible: mantener el contacto entre aquellos de nosotros que más especialmente

tenemos conciencia del problema. Por nuestra parte nos contentaríamos si tras la lectura de estas líneas—que enviamos especialmente a todos los que han contestado a nuestra encuesta—los historiadores quisieran continuar escribiéndonos y aportar, al fondo común, nuevas ideas y sugerencias.

J. BOUSQUET,

Instituto de Pedagogía.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.